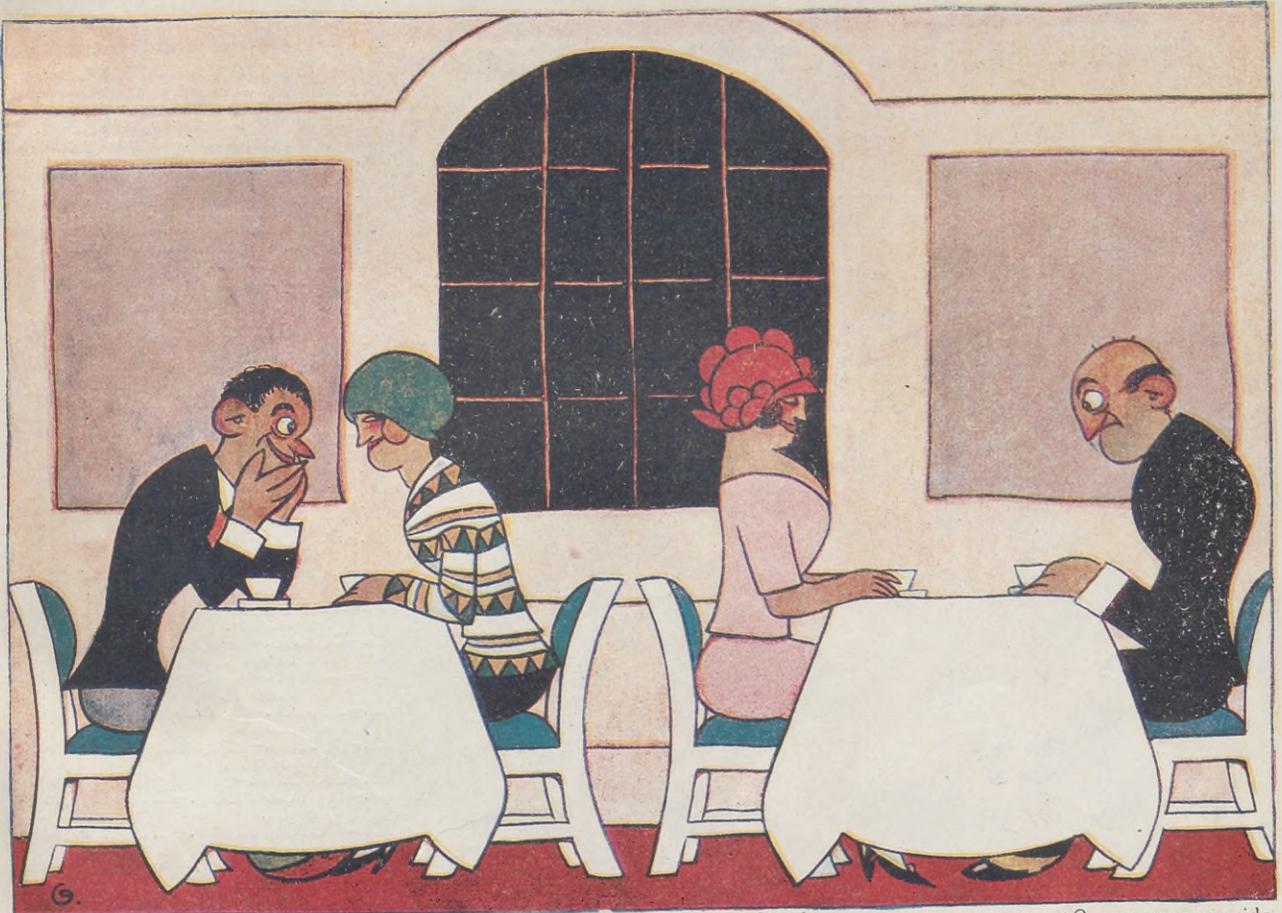


LA GRACIA

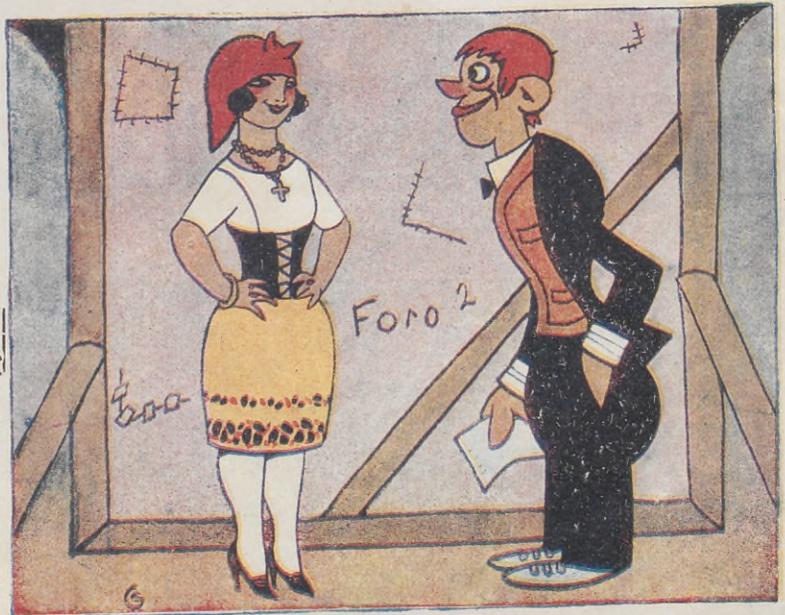
REVISTA COMICA



—¿Te has fiado en esos?... No se han hablado en toda la noche.—Puede que no se conozcan.—¡O que sean marido y mujer!



—¡Qué muchacho tan listo es Pepín!...
Ve crecer la hierba.
—Y en cuanto ya ha crecido, se la come.



—¿Pero no te dedicabas tú antes a los aires andaluces?
—Sí; pero me aconsejó el médico que cambiase de aires.

LA NOVELA CORTA

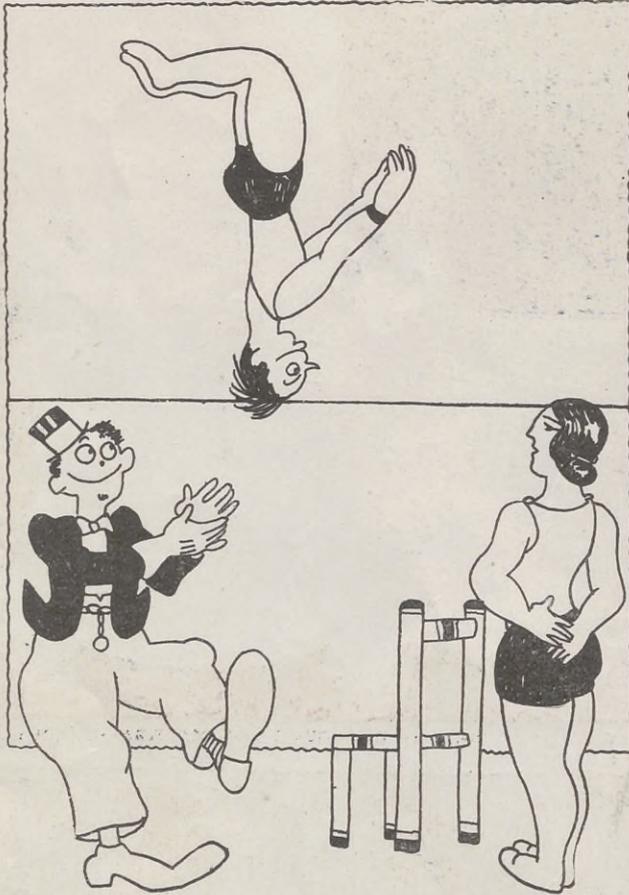
publicará el próximo sábado

HASTA RENACER

novela inédita, original de

Carmen de Burgos (Colombine)

20 cts.



EL DE ARRIBA.—¡Cualquiera pensaba que a mí esta mujer me haría "andar de cabeza"!

LA COPA DEL OLVIDO

Episodio cómico en tres actos, original de

ENRIQUE PARADAS Y JOAQUIN JIMENEZ

publicará el próximo domingo

LA NOVELA TEATRAL

40 cts.

EL FOLLETIN

PUBLICARÁ MAÑANA

El conde de Montecristo

(TOMO II.)

ALEJANDRO DUMAS

NÚMEROS PUBLICADOS:

- 1.—DUMAS.—Los mil y un fantasmas.
- 2.—VICTOR HUGO.—Han de Islandia.
- 3.—DICKENS.—Los tiempos difíciles.
- 4.—DOSTOIEVSKI.—Crimen y castigo.
- 5.—ALLAN POE.—Aventuras de Arturo Gordon Pym.
- 6.—E. SIENKIEWITZ.—¿Quo vadis?
- 7.—IVAN TURGUENEF.—Humo.
- 8.—WALTER SCOOT.—El pirata.
- 9.—ABATE PREVOST.—Manon Lescaut
- 10.—BALZAC.—La piel de zapa.
- 11.—PONSON DU TERRAIL.—Las miserias de Londres.
- 12.—F. COOPER.—El último mohicano.
- 13.—GABORIAU.—Por el honor del nombre.
- 14.—WISEMAN.—Fabiola.
- 15.—LEON TOLSTOI.—Resurrección.
- 16.—DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo I.)
- 17.—DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomo II.)
- 18.—DUMAS.—Veinte años después (tomo I.)
- 19.—DUMAS.—Veinte años después (tomo II.)
- 20.—DUMAS.—Veinte años después (tomo III.)
- 21.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo I.)
- 22.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo II.)
- 23.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo III.)
- 24.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo IV.)
- 25.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo V.)
- 26.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomo VI.)
- 27.—DICKENS.—El hijo de la Parroquia.
- 28.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo I.)
- 29.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomo II.)
- 30.—VICTOR HUGO.—Nuestra Señora de París (tomo I.)
- 31.—VICTOR HUGO.—Nuestra Señora de París (tomo II.)
- 32.—VICTOR HUGO.—El noventa y tres.
- 33.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo I.)
- 34.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo II.)
- 35.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo III.)
- 36.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomo IV.)
- 37.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo I.)
- 38.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomo II.)
- 39.—PONSON DU TERRAIL.—La saga del ahorcado.
- 40.—DUMAS.—El conde de Montecristo (tomo I.)

132 PAGINAS

CUARENTA CENTIMOS

AGENTE EXCLUSIVO PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:

Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS.**
9.ª Avenida Sur, n.º 8.—Guatemala C. A.

Precio del ejemplar en Buenos

Aires. 25 centavos.
En el interior del país. 20 centavos.

Prohibida la reproducción de texto y grabados. No se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos. No se abonan otros trabajos que los solicitados.

FUNDADOR: JOSE DE URQUIA

—ADMINISTRACION: MADRID, CALVO ASENSIO, 331. — APARTADO 8.008. — TELEFONO, 624.-J.—

“En Madrid no se sabe nada”

—¡Doña Emeteria!
—¡Jesús, doña Presentación!
—Hija, qué sorpresa; usted en Madrid!
—¡Pues no es menor la mía al verla a usted en la Corte!
—Como que yo la hacía a usted en el pueblo...
—Lo mismo que yo a usted en el suyo.
—¿Y cómo ha sido esto?
—Los chicos, hija, que la empujan a una. Ya sabe usted cómo están los pueblos hoy.
—No me hable usted, señora, que por eso mismo hemos tenido nosotros que dejar aquello. Tengo yo a mis chicas, que no les falta más que la caja y el cromó, para ser de Málaga. Pasaditas, las pobres. Y sin salirles una proporción ni para un remedio. Y no es que yo lo diga; pero

niñas como las mías, hay pocas. Buenas, hacendosas, dispuestas; pero sin una peseta; y como en los pueblos todo se sabe y hoy los hombres no buscan más que los cuartos...

—Los cuartos y las medias...
—Tiene usted razón, que está todo perdido; pues el mío y yo nos dijimos: ¡Hala! A Madrid, pitando; allí que no se sabe nada, porque es lo que tiene este Madrid de mis pecados, que ya puede usted morir, ya, que ni el gato se entera. Y aquí nos vinimos a ver lo que cae.

—Pues hágase usted cuenta que me ha leído usted el sino, porque lo mismo nos pasa a nosotros. ¡Mire usted mis hijos, que tampoco es porque yo lo diga, pero son de lo poquito que corre! ¿Con quién se iban a casar allá? Las señoritas, ¡ay, que es gente ordinaria! Las otras, ¡uy, que son señoritos! Total, que nos liamos la manta a la cabeza el de casa y yo, ¡y a Madrid se ha dicho!

—¿Serán unos hombretones ya los de usted? ¡Tantos años sin vernos!

—Como castillos: salen al padre. Y las de usted más mozas, ¿no?

—Gozo de verlas. Estas salen a mí.

—¡Cualquiera las conocería ya!...

—Naturalmente. El tiempo no pasa en balde, señora.

—Dígame usted a mí, que me veo en el espejo y me saludo, porque creo recordar mi cara...

—No es ya una, ni sombra de lo que fué. ¡Ay, qué tiempos aquellos!... Y qué, ¿cómo vamos de colocaciones?

—Mire usted, no me puedo quejar. A la segunda le ha

salido un partido, lo que se dice de una vez. Un chico guapísimo, de una gran casa, gente gorda y sin humos, y el con un gran destino en un Banco. Y de simpatías, no hablemos. Nos trae de cabeza a todos.

—Pues también nosotros creo que tendremos boda pronto. El mayor nuestro ha encontrado un mirlo blanco. Una señorita, hija de unos rentistas, que sabe Dios cuánto le darán de dote. Gente rica. Nosotros no hemos querido intervenir aún hasta que la cosa se formalice ¿sabe usted? pero la verdad, estamos ya que no vivimos de ganas de conocerlos.

—¿Ve usted, señora, lo que le decía yo? ¿De dónde iban a encontrar nuestros hijos una colocación como esta, en el pueblo?

—¡Ni soñarlo!

—Vaya, que tanto ustedes como nosotros podemos decir que estamos de enhorabuena.

—Lo que es por nuestra parte, en el Paraíso.

—¡Y nosotros en butacas!

—Anda, que cuando lo sepan los cuatro pelagatos del pueblo, no va a ser envidia la que nos van a tener.

—Eso le digo yo a mi chico: el viaje de novios, al pueblo; a refrérgasela por los hocicos a aquellas muertas de hambre.

—Alguna satisfacción había de tener una en esta vida, doña Emeteria.

—Eso digo yo, doña Presentación... ¿Qué es lo que mira usted con tanto interés?...

—Aquella parejita de la esquina... ¿No la ve usted?...

—¿Aquel par de tórtolos, tan amartelados?...

—Pero... ¡si es mi chico con su novia!

—¡No me lo diga usted!

—¿Qué le pasa? ¿Por qué se pone usted así?

—¡Porque es mi chica con su novio!

—¡El hijo de la gente gorda!

—¡La hija de los rentistas!

—¡Nos hemos lucido, doña Emeteria!

—¡Para esto, bien estábamos en el pueblo, doña Presentación!

—¡Y dicen que en Madrid no se sabe nada!...

V. Díez de Tejada



—¿Cómo se habrá casado Luis con la vecina?
—Porque llevaban diez años de relaciones, y él se cansaba de verla todos los días.

EL BAILE

MONOS
Los que aprenden bailes modernos.



Y SUS DEVOTOS

DE *ellou*

(Se sufren pisotones, pero se saca algún marido.)



EL BAILE DE GRAMOFONO



EL BAILE CASTIZO

EN EL RESTAURANT

El señor que va a lo
menor se encuentra
un pelo en la sopa.
Esto para los dibujantes
es una cosa muy
comente, de esta es-
cena se sacan mon-
tones de chistes y yo
por no ser menor hare



Tambien el mo
llama al señor al ca-
marero y este acude
-¿que desea el señor?
-¡ Hombre...! un pelo en la
sopa! .. esto es una
cochinada...!
El camarero con una
cara de gran inocencia
-¡ ah! pero es que toda
via queda alguno...?

Los que bailan a la fuerza por "mor" de San Vito..

¡Vaya una tertulia!

—Con el permiso de ustedes.
 —Es usted muy dueño. Niña, córrete un poco.
 —No, que no se moleste la niña, ni usted, ni siquiera la taza. Es que no hay sitio en ninguna otra mesa del café y como tengo citados a unos amigos en este turno...
 —¿No faltaba más!
 —¿Qué va a ser?
 —Café.
 —¿Solo?
 —No; acompañado de estos señores.
 —¿Qué bromista viene usted hoy, don Atenedro.
 —Hombre, qué casualidad; se llama usted Atenedro.
 —¿Qué ¿Conoce usted alguno que tenga tan caprichoso nombre?
 —No, pues por eso es por lo que digo; qué casualidad, nosotros que habíamos salido de casa sin sospechar que íbamos a tener el honor de alternar en la misma mesa con un señor que si se le llama a veces por la calle hace que todo el mundo vuelva la cabeza.
 —¿Caballero!...
 —¿Por Dios. Silvino, no seas imprudente! Usted le dispense, caballero, es que mi esposo es muy bromista. Como es de Zamora...
 —¿Conque bromista, de Zamora y esposo de usted? No faltaba más sino que yo me enfadara por tan sencilla chirigota. No todos tenemos el placer de llamarnos Silvino como usted. ¡Caray, qué nombre tan bonito! Porque eso no será mote.
 —Nombre auténtico.
 —Algún capricho de su señora madre quizás. Claro, la pobre sería neurasténica o del padrino que sería borracho.
 —¿Oiga usted, esos insultos!...
 —¿Insultos? De ningún modo. Yo, aunque no soy de Zamora, también gusto de chirigotear.
 —Pero, como no lo conozco...
 —No importa, porque para decir estas pequeñas insolencias no hace falta que hayamos estudiado una carrera juntos, ni que vivamos en la misma casa.
 —Claro.
 —Por lo visto le gusta venir al café.
 —Regular; ha sido mi señora, aquí presente, y mi niña, también presente, las que han querido que viniésemos.
 —Ya, ya...
 —Usted sí que debe ser asiduo concurrente, por lo que le he oído al mozo.
 —Asiduídísimo. A este turno vengo todas las noches con unos amigos leproso.
 —¿Cómo dice?
 —Leprosos, de esos que tienen lepra. ¡oh, pero muy buenos muchachos!
 —¿Y les dejan entrar?
 —Naturalmente. Aparte de que se pasan la noche rascándose, son como



—¿Qué boxeador! ¡Tiene unos puños, una parada!... ¿Has visto tú la parada?
 —Sí; a las once.

usted y como yo y hasta como su señora.
 —Pero el contagio...
 —Ríase usted de eso. ¿Quién está libre de un incidente de esa naturaleza andando suelto por las calles? A lo mejor estará usted en el teatro junto a uno que tiene sarna o irá usted en



—¿Por qué vendió la pistola si pensaba suicidarse?
 —Para poder comprar las cápsulas y poder llevar a cabo mi resolución.

la plataforma de un tranvía pegado a una buena moza que.
 —¿Caballero! Repare usted que está mi señora presente...
 —Es verdad, pues pongamos que es precisamente su señora la que va en la plataforma junto a un buen mozo que...
 —¿Oiga usted! Repare que está aquí mi marido y...
 —Bueno, bueno, pues no pongamos nada y limitémonos a decir que yo tengo unos amigos leproso, como podría tenerlos boticarios o flautas o retirados por Ultramar. También se deja caer por aquí, de vez en cuando, uno que es asesino.
 —¿Horror! Y ¿ha asesinado a alguien?
 —Naturalmente. Eso es una profesión que si no se cultiva no existe. ¿Usted no ha asesinado nunca a nadie?
 —¿Libreme Dios!
 —Pues según me ha dicho mi amigo es en extremo interesante y recreativo. El mismo se lo explicará a usted, porque si viene esta noche tendré el gusto de presentárselo.
 —¿No quiera Dios!
 —¡Oh, hace usted mal, caballero, en rechazar la amistad de nadie. No podemos asegurar nada de lo que nos ha de ocurrir el día de mañana. Mi amigo el asesino...
 —¿Pero de veras lo es?
 Señora, no dude usted de mi honrada palabra. Pues mi amigo el asesino tiene un decidido empeño de estrechar su amistad con otro amigo que también concurre a nuestra tertulia.
 —¿Otro amigo?
 —Sí; el verdugo de la Audiencia de Burgos. El pobre piensa que siendo íntimo del que ha de aprretarle el cuello el día de mañana, éste lo hará con mayor delicadeza que si fuese un desconocido.
 —¡Ay, ay!
 —¿Qué le pasa a usted, señora?
 —Que es muy impresionable y ¡caramba! nos está usted dando la nochecita con sus amigos los leproso, el asesino y el verdugo.
 —¿Qué quiere usted? No todos podemos escoger nuestras relaciones. Yo quisiera que a mi tertulia cafetil sólo viniesen magistrados, senadores y consejeros de Estado, pero no puede ser teniendo uno la profesión que tiene.
 —¿Pues qué es usted?
 —¿Yo? ¡Ladrón de caminos!
 —¿Vámonos!
 —¿Caballero!
 —¿Cómo, se van?
 —Sí, es algo tarde y...
 —Abur... abur...
 —Vayan ustedes con Dios y conste que he tenido tanto gusto... ¡Ja, ja! Oye, Juan: ¿ves como te los he echado de la mesa
 —Gracias, señorito, porque estaba viendo que con dos cafés iban a estar toda la noche.

A. R. Bonnat



Historia de la Gracia

"EL BUÑUELO"

En España son muy contados los periódicos satírico-políticos que no tratan de política exclusivamente. Como si a todo el mundo le interesase tan odiosa materia. Entre las excepciones de esos periódicos está la de "El Buñuelo", se-

"Para auxiliar a los pobres enfermos hubo el domingo corrida de toros con gran lujo.

Un revistero dice que cuando se trata de una caridad, el pueblo de Madrid nunca se muestra indiferente.

Ahora nos van a demostrar que sólo un sentimiento noble ha guiado al público a ver abrir tripas de caballo.

¡Y yo que creo que la caridad se ejerce de otro modo! ¿Seré ignorante?

"En el barrio de las Injurias ha sido capturado un sujeto a quien reclaman varios jueces por diversos robos; se llama Juan Aroca y es licenciado de casi todos los presidios de España.

¿Licenciado nada más? Hombre de tales méritos debía ser doctor, por lo menos."

"Un hombre entra en un estanco y pide le cambien por buenas dos pesetas malas que

le dieron en el mismo establecimiento el día anterior.

La estanquera se niega rotundamente y el infeliz sale murmurando:

—¡Y dicen que donde las dan las toman!"



EL.—¡Ay! Ya decía yo que algún día me resultaría el matrimonio muy "pesado"...

manario fundado hace más de medio siglo por Eduardo de Lustonó, y que alcanzó en sus tiempos envidiable popularidad.

En "El Buñuelo" no firmaba nadie, aunque se sabía que uno de sus principales redactores era Nakens, y que en él escribían Eusebio Blasco, Francisco Bueno, Campo Arana, Matoses, Manuel del Palacio y Ricardo de la Vega. Con decir esto, no hace falta jurar que "El Buñuelo" tenía gracia e intención. Intención, sobre todo. Pero a nosotros no nos interesa la intención política de nadie, por muy liberal que sea, y sí la gracia, aunque sea conservadora.

Y he aquí algunas muestras de la gracia de "El Buñuelo":

"Me ocurre una duda.

A Ecija le han concedido tratamiento de Excelencia.

¿Cómo deben ponerse los sobres de las cartas que se dirijan a Ecija en lo sucesivo?"



DISTRACCION

—¿Ande vas, Pedro?

—A llevar la mula a beber.

"El director de la "Llumarera", periódico catalán que se publica en Nueva York, va a venir a Madrid para tratar de la erección de un monumento a Cervantes en aquella población americana.

Por lo pronto, el mejor obsequio que ese señor podía hacer a Cervantes era publicar su periódico en castellano."

"De un carretero, cogido por su vehículo, dice un periódico "que falleció a poco de haber sido curado en la casa de Socorro."

Pues si fué curado, ¿cómo falleció?

Y si falleció, ¿cómo fué curado?"

"En uno de los sitios más céntricos de Madrid, en la plaza de la Bolsa, robaron el otro día, a las tres y media de la tarde, al dependiente de una librería de esta Corte una cantidad de bastante consideración.

—¡La bolsa o la vida!—le dirían.

Y él entregó el bolsillo.

—¡Necio! ¿Por qué no señaló el edificio inmediato?"

"Un periódico universal de noticias, al hablar del estado del tiempo, dijo el otro día que de no prolongarse las corrientes frías, volvería el calor.

¡Volver el calor en junio, si cesa el viento frío! ¡Qué descubrimiento tan portentoso!"

"Colmos:

El de la prodigalidad: dar lo que no se tiene.

El de la avaricia: no dar oídos ni prestar atención.

El de la gula: comerse los codos.

El de la bebida: beberse la copa de un árbol.

El de la indigencia: no tener dónde caerse muerto.

El de la miopía: no ver más allá de sus narices."

(Hay que tener en cuenta que estos colmos fueron escritos hace cincuenta y tres años.)

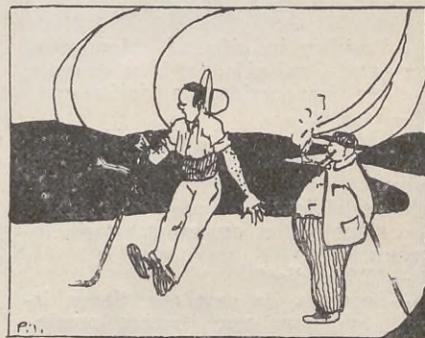
"Dice un colega que en el barrio de las Peñuelas se han presentado algunos casos de calenturas entre las clases necesitadas.

¿Necesitadas de calenturas?

¡Qué rara necesidad!"

"Noticia de un colega:

El domingo tuvo lugar en Archena la inauguración del suntuoso cementerio construido, revistiendo gran solemnidad



—¿Y ande tienes la mula?

—¡Contra!... ¡Si me la he dejao en la cuadra!...

el acto, que fué amenizado por bandas de música de los pueblos inmediatos.

La verdad es que es original ese modo de inaugurar un cementerio, "amenizando" el acto las bandas de música.

Tocarían marchas fúnebres y la "Danza Macabra."

"El director de un manicomio se ha



—Vengo loco. Me acaban de sacar una muela.

—Sería la del juicio.



ATRACO

—¡Pronto! ¿Dónde está la bolsa?

—¡La Bolsa! Frente al Dos de Mayo.

casado con una pupila del establecimiento.

El doctor pretende haber curado a la que hoy es su mujer.

¿Y quién asegura al doctor que no es ella la que le ha enloquecido?"



—Pues ahí donde lo ves tan delgado, pesa un horror.

—¿...?

—Sí; es el encargado de la báscula.

"Un periódico de Zaragoza se lamenta diciendo que por las inmediaciones de Robres vagan varios bandoleros.

Hombre, mientras no hagan más que vagar, no se quejen ustedes.

Peor será que ejerzan la profesión."

"Dicen de la Plana que los naranjos están de una enfermedad llamada la goma".

¡Naranjos gomosos!

Es verdad que también hay aquí muchos "gomosos"... naranjos.

Y aun camuesos."

"En Sasamón (Zaragoza) ha sido preso un vecino que dió muerte a un primo carnal.

Y le preguntarán, andando el tiempo:

—¿Por qué ha estado usted en presidio?

Y él contestará:

—Por una primada."

"Un anuncio:

Desde el paseo de la Habana, casa número 5, principal, hasta la calle de Fuencarral, se ha perdido a una criada

un retratito pequeño, de un caballero ya difunto, con filete dorado. Al que lo presente en dicha casa se le dará una buena gratificación, por ser un recuerdo.

¡Lástima que haya muerto un ejemplar tan curioso!

¡Un caballero en filete dorado! No necesitaba uniforme.

Lo más interesante de las señas es el "ya difunto".

Si con eso no parece, no hay quien vuelva a ver el retratito."

"El maestro de Alguaire,

que como tal se alimentaba de aire, ha sido atropellado,

herido y maltratado

por el alcalde o jefe de kábila:

por lo demás, la población tranquila.

El alcalde en cuestión

tendrá por los refranes afición

y dirá satisfecho: "No hice nada;

señores, "al maestro, cuchillada".

Marciano Zurita



EL DOCTOR.—No me gusta... no me gusta...

EL MARIDO.—Si ya le dije que tenía muy mala lengua.

EL FOOT-BALL



Uno al que te están cargando



Golper francos



- Qué ¿ me das por la estilografia quince pesetas?
- Yo te he dicho que nueve
- Parece mentira que regates de ese modo!



IIa Parada



Ese debe ser el mar listo, todo el juego lo hace con la cabeza!



Una en el palo-



Un saque



II Se ha caido con todo el equipo!!



Un portero y un pare,

Gente Nueva



EL NIÑO-VIEJO

Amaneció, y el pequeño Diógenes parecía no querer salir del tonel.

Toda la noche le estuvieron esperando. Don Faustino, un anciano flaco al que pesaban más los años que las carnes; su joven y bella esposa doña Rosita, deformada transitoriamente porque así le plugo a su caprichosa naturaleza, y una vieja criada, Genoveva, bastante ducha en trances como el que se preparaba.

—¡No llega!—repetía constantemente la esposa dolorida.

Animábala él, nervioso:

—Ya no puede tardar, mujer.

Se me avisó—soy tocólogo—y acudí presto. Paga largamente don Faustino. Entré en la alcoba, me aproximé al lecho, tomé el pulso a la enferma de vida, miréla, remiréla, etc., etc., y dije bromeando:

—Estos trenes... que casi siempre llegan con retraso...

—¡Ay!—suspiró doña Rosita.

—¡Pobrecilla!—me dijo en voz baja el anciano esposo—. Por cada instante de placer hay en nuestras vidas un rato largo de dolor.

Oí refunfuñar a la vieja:

—Si los parieran ellos...

Y al fin llegó el momento.

El autor de aquella obra tan laboriosa esperó el resultado en una habitación próxima a la alcoba.

—Que sea un éxito, doctor, y que me llamen pronto—me dijo con voz de novel comediógrafo en día de estreno.

Y sucedió que, al tomar entre mis manos al tan esperado viajero, oímos una vocecita que más bien pareció maullido.

—Buenos días—saludó cortés el nene:

Y agregó:

—Servidor de ustedes. No se alarmen. Aquí no ha pasado nada.

¡Maravilloso! Hablaba el recién nacido. ¡Fenomenal! Esa era la palabra, pues tenía el neófito la cabeza de viejo y el tronco y las extremidades de niño.

Se imaginarán ustedes nuestro asombro. Había comenzado Genoveva a quitarle el polvo del viaje, y hacíalo temblando y con los ojos muy abiertos, tal era el susto que le corría por todo el cuerpo.

—Señora—dijo el niño-viejo, dándose cuenta de ello—, no se asuste usted. No soy trasto ni nada que se le parezca. Aunque feo, soy de carne y hueso, como fácilmente puede usted comprobar. Por lo que veo es usted la encargada de dejarme instalado definitivamente en este pícaro mundo. Gracias. Ese caballero que me ha recibido a mi llegada es el doctor, ¿verdad? Lo he conocido por los tirones. Qué bruto y qué interés el

suyo en que yo saliera a la luz. Con lo bien que se está en el Limbo...

He de confesar sinceramente, y ustedes me creerán con facilidad, que no me agradaron mucho las anteriores palabras del fenómeno.

—Es extraño—dije, por decir algo—. Habla usted de un modo, que parece... ¿Recuerda usted algo anterior al momento de su llegada?

—Nada recuerdo—contestó—. Conozco que tengo una gran experiencia de la vida que acabo de comenzar, y no sé porqué. Sólo sé que he de vivir al revés que los demás mortales; es decir, que los años que transcurran, me irán acercando a la juventud, pero nunca a la vejez, porque nací viejo y moriré—si antes no me atropella algún automóvil—de niño. No me pregunten ustedes más.

La vieja sirvienta, que había escuchado entre curiosa y todavía asustada, cuchicheó conmigo:

—¡Válgame el cielo! ¿Qué le parece a usted?

—Interesantísimo.

—¿Vivirá?

—¿Por qué no? El corazón funciona normalmente y nada hace prever un contratiempo.

—¿Aviso al padre?

—Cuando usted guste.

Y la fiel fámula salió de la habitación, haciéndose cruces, después de decirme:

—¡Válgame el cielo! Si ya se lo decía yo a la señora, que no se casara por el interés con un hombre tan anciano,

siendo ella tan jovencita. ¡Así ha salido ello! De un padre tan viejo y una madre tan niña, qué iba a nacer...

La voz de mi criada me ha despertado:

—Señor: que vaya usted corriendo a casa de don Faustino, que doña Rosita



—Sí, señor; a su paso por la calle se descubrirá todo el mundo.

—¡Pero hombre! ¡Si yo no pienso ser un gran personaje!

—No importa.

—Lo dudo.

—Pues no lo dude; el día de su entierro.

está en las últimas; usted ya me entiende.

La entiendo y comienzo a vestirme. Son las cuatro y cinco de la madrugada.

Pablo Torre-mocha



—Señora, no puede usted hacerse idea de cómo me ha afectado la muerte de mi poltre amigo.

—Pues figúrese usted a mí, con lo poquísimo que me favorece lo negro.



—¿Cuál es el perro que menos dinero cuesta y guarda mejor la casa?
—El can-dado.

a conquista del "cine"

Doña Prúcúla Pendejillo, viuda de Asto Morales, pertenece desde hace veinticinco años a Clases Pasivas, lo cual no es obstáculo para que sea también madre de dos pollitas, Casta Mariana, que cuentan veinticinco y veiocho marzos de edad, respectivamente.

Tanto la una como la otra son feas, muy feas, y cursis, muy cursis. Sin embargo se dan un tono que hay que ver! (sin notas de Guerrero). Claro que el tono de la mayor y el de la menor es "música", pues nadie se hace caso.

La música en casa de doña Prúcúla es clásica y permanente.

Casta, toca (según dice), el piano. Tiene ese vicio; y aspira a ser una virtuosa.

Doña Prúcúla afirma que su Casta será. Para ello la obliga a pasarse mañana, la noche y parte de la tarde, tecleando.

¡Las veces que he maldecido su esta!

Por fortuna para la vecindad, Mananita, la pequeña, no es filarmónica. Se limita a oír y a preguntar:

—¿De dónde es esto, Casta?

—De "La bella molinera".

—¡Ah, sí! ¿Lo escribió Alvaro Reina, no?

—Schubert, Mariana, Schubert.

Desconfiando, con razón, del porvenir de sus hijas, doña Prúcúla, ¡al fin padre! no cesa de pensar en el matrimonio ventajoso que, a su juicio, hacen.

De sobra tiene sabido que en Recoletos no se hallan los hombres bien acomodados.

Ni las mujeres tampoco.

Con las sillas que en Recoletos se usan es difícil que nadie pueda allí acomodarse bien.

Más positiva y conocedora de las flaquezas varoniles, doña Prúcúla no ha vacilado en abonarse a uno de los múltiples "cines" que la Empresa Sagarra posee en Madrid. Y en compañía de sus dos hijas, diariamente, la verán ustedes de seis a ocho de la noche, contemplando películas de episodios y consumiéndose de impaciencia en la oscuridad.

¡Oh, la obscuridad!

En ella doña Prúcúla ha visto claramente, aunque resulte paradójico, la felicidad conyugal de sus retoños femeninos.

—A oscuras—ha pensado—todas las mujeres somos iguales, y a mis hijas, el día de mañana, puede tocarles un señor, que, sin necesidad de mirarles el rostro, se convenza de lo mucho que valen, por medio de la conversación, vehículo principal de la simpatía.

No va descaminada doña Prúcúla.

Las películas de largo metraje, constituyen un medio eficazísimo para trabajar relación con cualquiera, sin previa presentación.

Pregúntenselo ustedes a Casta y a Mariana, especialistas en la práctica de este recurso.

El otro día, en uno de los cines más suntuosos de la susodicha "Empresa Sagarra":

—Oiga usted—le preguntaron al vecino de localidad—. Ese que besa y abraza ahora a la Reina de Somarra es Armando, el somarrano ese que está enamorado de ella ¿verdad?

—¿Qué Armando?

—Su primo, el ingeniero que en el otro episodio la retiró de la vía, cuando iba a pasar el tren.

No, señorita. ¡Qué va a ser primo ese! ¿No ve usted como se aprovecha?

—Ya, ya. ¡Vaya un ósculo más largo! ¡La va a asfixiar!... ¡Atiza! Ese que sale es su esposo. ¿Dónde estaba metido?

—Dentro del reloj despertador que hay encima de la mesa de noche.

—¿Es posible?

—En las películas, señorita, es posible todo.

—¡Pobre Armando! ¿Le matará?

—Pronto lo veremos.

—¡Ay, no! ¡Ya se va!... ¡Ya se va Armando!

Tras esta exclamación, tan ingenua como inocente, el diálogo fué interrumpido por doña Prúcúla, que interrogó, curiosa:

—Niña, ¿quién es ese pollo? ¿Le conoces?

—No, mamá.

Se impuso el silencio.

Casta, que era en esta ocasión la parlanchina, reanudó al cabo de un rato la conversación con el individuo de "marras".

Doña Prúcúla aguzó el oído.

Fué en vano.

Casta y su compañero hablaban en voz tan bajita que a duras penas podía percibirse alguno que otro monosílabo.

¡Dios mío!—musitó doña Prúcúla, pensando en el deseado matrimonio de su hija—. ¿Será éste por ventura el que venga a cargar con el mochuelo?

Dedicóse a la inspección ocular.

Vestía bien el pollo y parecía, acaudalado.

Satisfecha y dispuesta a dar el consentimiento para las relaciones oficiales, en cuanto faltó de nuevo la luz, doña Prúcúla, con disimulo, acercóse a Casta, diciéndole al oído:

—¿Le conoces?

—No.

—Pregúntale cómo se llama.

—Me figuro que debe llamarse como el empresario de este "cine".

—¿Sagarra también?

—"S'agarra", mamá, "s'agarra".

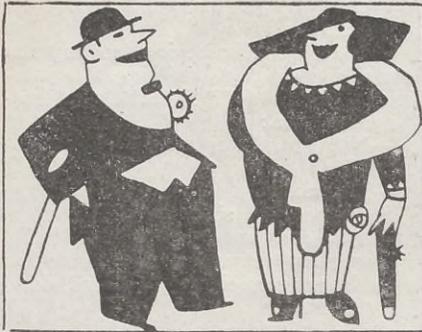
Y exhalando un suspiro de satisfacción, doña Prúcúla fingió que se dormía, acabando por soñar que al fin eran dichosas gracias a la conquista del "cine".

Adolfo Sánchez Carrère



—María; ¿por qué no ha puesto usted un diario sobre el asiento?

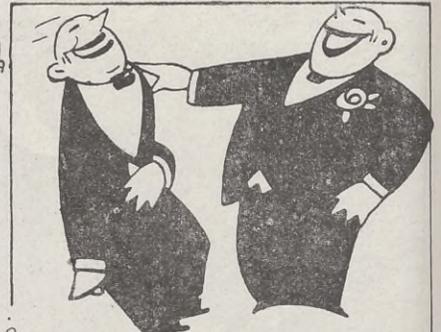
—¡Oh! no es necesario, señora... Yo alcanzo bien así.



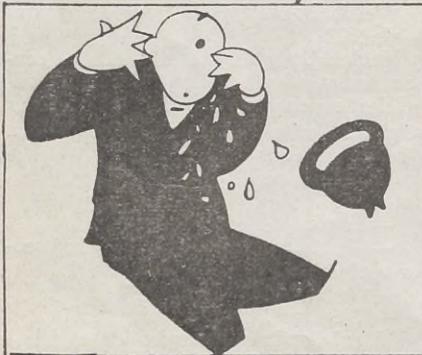
Par Redondo, que es la dueña del "Hotel de Calderan" se ha casado con Juan Peña, hombre todo corazón. Juan Peña y Par Redondo viven bien, según Foranda, porque si el tuvo buen fondo, ella tiene buena fonda.

COPIAS FESTIVAS

Juan Perez Zúñiga
monitos DE LINAGE.



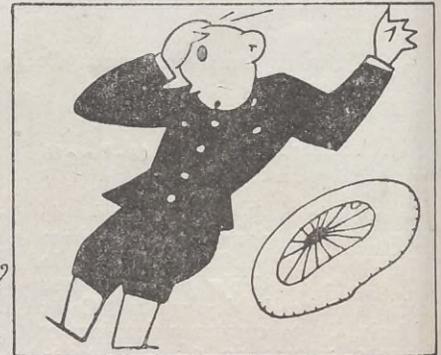
¿En qué se diferencian por ahora, de los moros (de Fern ó de Sara che) o huéspedes que tiene la señora doña Angela Pantías de Pintache? En que aquellos están (aun siendo impíos) hartos no más de los judíos y los huéspedes de Angela Pantías lo están otros no más de los judías.



En Soria un usurero á un empleado rebanoó las narices de un bocado; otro usurero en Vigo dia tres pares de coes á un amigo, y por último, en Ronda otro usurero le deshino tres callos á un barbero. Si es que quieres vivir sin cardenales, no te arriesges á ciertos animales.



¿Que haria usted de buen grado me preguntó Mariquilla - si yo fuera un globo inflado y usted fuera en la barquilla? - Pues yo iría muy contento yendo en busca de aventuras sin dejar por un momento de mirar a las alturas.



Desde el gran automovil de Yves y Lays desde Gatoje a Tllesca igual que un raso, se estrello contra un árbol en el camino y arrastrado por hueyes anoche vino, a pesar de su linda máquina nueva y los treinta caballos que dentro lleva se necesitan hueyes para su viaje y a pueden esos chismes irse al garaje!



El cliente, al dependiente: - Tráeme café, por favor - El dependiente, al cliente: - Se está colando, señor. ¿El café? - No; yo decía, que "se está colando" usted; porque esto es pastelería y aquí no damos café.



¿Pala porqué su niño me disgusta? me decía el maestro - Porque no tiene mucha de serpiente y está la prueba de ello en que siempre que me hace una diablura, sin comparacion le tengo encerrado tres horas en la cueva: ¡y se queda tan fresco!



Sobre el amor entre artistas: tengo ideas radicales. Como yo creo que deben sentir solo amor al arte, prohibiría que tuvieran ellas conyugue o amantes; lo más los consentiría que hubieran tenido madre!





- ¿Y usted con qué cuenta para casarse con mi hija?
 —Con cinco mil “plumas” anuales.
 —¡Hombre!... me parecen muchas plumas para un pollo.

ARABESCOS

La luna de Enero fantasmagoriza los bulevares, que brillan en la lejanía como canales de plata. Las caperuzas de las torres brillan sobre la ciudad negra. Lloran los campanarios tañidos por las brujas para espantar a los que dormían y se despiertan a sus lentos gemidos. Yo sospecho que a estas horas, esta noche de sábado, hay muchos amigos míos, caballeros sobre palos de escoba. Su cuerpo físico duerme, sin duda, en una nauseabunda desnudez; pero su alma se ha marchado a la cita de que habla la Goecia. ¿Sabemos algo de nuestra vida misteriosa durante el sueño? Las pesadillas son un recuerdo punzante de lo que nos ocurre al otro lado. ¿No estaremos viviendo una pesadilla política? Edgard Poe había contraído amistades durante sus tempestades de alcohol y las volvía a ver, siempre las mismas, cada vez que evocaba al diablillo azulenco de la embriaguez. Yo tengo mala opinión de casi todos los seres que conozco. Son tontos o perversos y algunas veces ambas cosas. Don Acefalo Balduquín es el hombre de actualidad. Es el mismo oficinista que decretó la cesantía de Bécquer. Estoy autorizado para creer que durante el sueño ejerce una vida brujea como espíritu elemental del Mal y de la Estupidez que es durante la vigilia.

Es una creencia muy remota que los gatos negros son brujos disfrazados. El alma de algunas personas de mala índole se desdobla y toma aspecto de animal durante el sueño—en bastantes se nota mucho esta inclinación a la luz del día. Cuando me encuentro con un gato vagabundo y nocturno ¡pienso en tan-

tos nombres respetables en las letras, en el comercio, en la política!...

La apoteosis del claro de luna encanta mis ojos y me inspira una dulce melancolía. Es un excelente estado de alma para escribir versos y mejor aún, para soñarlos. La melancolía, en los poetas, es una nube de la que suele brotar el ríspio. Es bonito mirar al cielo. Se siente el deslumbramiento del Infinito y parece que podemos ver a Dios más de cerca. Cierta clase de gente sin fantasía, sólo acierta a verle a través del sermón de un lorito eclesiástico. A Dios le están desaereditando las beatas.

Me gustaría oír la armonía de los mundos. Pitágoras pudo oírla ayudado por la Matemática, arte sublime, cuya esencia filosófica no tiene nada que ver con la contabilidad mercantil.

Las estrellas de plata me atraen como sirenas del inmenso océano de los cielos. Pero acaso sea más discreto no aludir en este momento a las estrellas; hay quien es capaz de tachar con lápiz rojo hasta la Geografía astronómica.

¿Habrá seres que piensen y sientan como yo en esos diamantes del espacio? Recuerdo los libros de Flammarión. ¡Qué maravilloso poeta es este viejo astrónomo! Los más grandes poetas de la Humanidad no han escrito versos nunca. Edisson—en estos momentos—es el gran artífice de las rimas eléctricas y Le Varrier combinaba los astros como los ritmos de un poema. Una vez le faltó un consonante... Trabajó concienzudamente con sus cálculos, tan brillantes como los versos de Homero. Por fin lo encontró. Era Neptuno, que ya cantará siglos y siglos en el firmamento conocido.

Sin duda, los astros tendrán sus habitantes.

Habrá carne de dolor en todos los pla-

netas. ¿Por qué suponer este azote misterioso, propiedad solamente de la tierra? Habrá enfermedades contagiosas, escasez de dinero, discursos de circunstancias y otras molestias, para el ser racional. Las noches de luna suelo pensar mucho en los muertos. Los muertos se aburren mucho sin poder pensar ni jugar al póker. La luna tiene cara de amortajada. Los que pueden ver a los fantasmas dicen que se aparecen con una luz muy brillante, como de luna. Los periódicos españoles están llenos de fantasmas liberales para el fernandismo analfabeto. He recordado una frase platoniana que he oído a Roso de Luna—yo no conozco el griego—a propósito de nuestra triple existencia: “El hombre es habitante del Sol, de la Luna y de la Tierra. El cuerpo es de la Tierra, el alma de la Luna y el espíritu del Sol”. Entonces, ¿cuando la carne cae en la fosa, comenzamos la nueva existencia del alma en las ciudades azules de la luna? Y después de cumplida esta vida psíquica, ¿qué radiante porvenir le aguarda a nuestro espíritu en la suprema hoguera del sol?

El alma y el espíritu están para los tesoros perfectamente diferenciados.

Tartufo chupacirios lo suele confundir. Es igual; las damas de Estropajosa no tienen importancia. En este momento sólo tienen interés los que viven en la luna, que no es lo mismo que vivir en el limbo, y más agradable es estar allí que ser escritor público con mordaza. Estoy seguro de que allí hay almas que amé mucho, que me están aguardando. Se ha dicho que es un planeta helado en donde toda manifestación de vida es imposible. Corriente, pero no se trata de los vivos: allí, un diputadillo sin ideales y un trepador del poder público, no podrían vivir. Pero las almas azules, luminosas, etéreas, son insensibles a la atmósfera de hielo. Allí hay jardines, mariposas y lagos muy azules. Todo es muy azul en la Luna. Y no creáis que es una fantasía de soñador. Es una verdad matemática como todas las cosas de la imaginación, madre de la realidad.

No todos los que mueren dan un vuelo a la luna. Los guardias, los echadores de café y los burócratas no son muertos distinguidos. Hay una selección de causas. Las sombras densas, groseras, el doble de las gente que nunca supieron soñar; que no amaron el vuelo, el laurel y la quimera; los hombres de guerra, los políticos, agiotistas, los mercaderes, los chupatintas, los matasiete sin más ley que su guapeza, se quedan en estos turbios fondos verdosos, atmósfera moral de nuestro plano.

Los que viven en la luna son la aristocracia de las almas.

Ya dice el vulgo que la luna llena de Enero hace delirar a los gatos. Perdónadme estos arabescos teosóficos, pintoresco-sentimentales, como a un lunático gato madrileño que soy.

Emilio Carrere



LOS GRANDES HUMORISTAS



UN INGRATO

—¡He aquí un hombre cínico!—murmuró Serviet al leer la tarjeta que le alargaba el ordenanza—. ¿Estás seguro—continuó—de que es a mí a quien desea hablar?

—Sí, señor.

—¿A mí, personalmente? ¿O viene para tratar de asuntos concernientes a la administración?

—Quiere hablar particularmente con el señor... Ya se lo he preguntado.

—Vamos a ver... ¿Es un hombre de unos cincuenta años?

—Poco más o menos.

—¿Lleva barba? ¿Es ancho de hombros?

—Sí.

—¿Y usa lentes?... Es él, en efecto. ¿Para qué demonios me querrá? Dile que pase.

Serviet, cuyo humor era de ordinario tranquilo y apacible, y que llevaba actualmente la vida pacífica de empleado en una Compañía de Seguros, sólo guardaba un mal recuerdo de toda su carrera. Cuando un incidente cualquiera o una asociación de pensamientos le recordaba el nombre de Nicolás Rajón, sus manos crispábanse maquinalmente. Era un agente de negocios equívocos, al cual había recurrido varias veces en solicitud de préstamos en su época de estrechez económica; y el tal Rajón le había perseguido y acosado con un encarnizamiento increíble, sin concederle siquiera esas treguas que los peores usureros otorgan a sus clientes. El nombre de Rajón estaba unido a todos los acontecimientos nefastos de la existencia de Serviet: a una embargo y venta de sus muebles, a una desavenencia con su familia, a un matrimonio ventajoso, frustrado en el último momento. Nicolás Rajón, en todas estas circunstancias, no se condujo solamente como un acreedor feroz, sino como un enemigo implacable.

Y en tanto que el ordenanza cumplía su orden, Serviet pensó:

—¡Si no estuviese tan seguro de no deberle nada ya, creo que tendría miedo!

Nicolás Rajón se presentó con aspecto tímido, dando vueltas a su sombrero entre sus manos y con los ojos clavados en el suelo. Físicamente, apenas había cambiado desde hacía siete u ocho años que Serviet no le veía; pero conservaba de él, sin embargo, otra impresión: la impresión de un hombre charlatán, chillón y agresivo, que movía sin cesar los brazos y las piernas. Por el contrario, el Rajón que estaba ahora delante de su mesa de sub-director, mostrando casi humildad y sin sa-

ber por donde comenzar su discurso, era un Rajón modesto y avergonzado, y de una actitud hasta tal punto inofensiva, que Serviet experimentó una especie de vago placer.

—Siéntese usted, señor Rajón—dijo cortésmente.

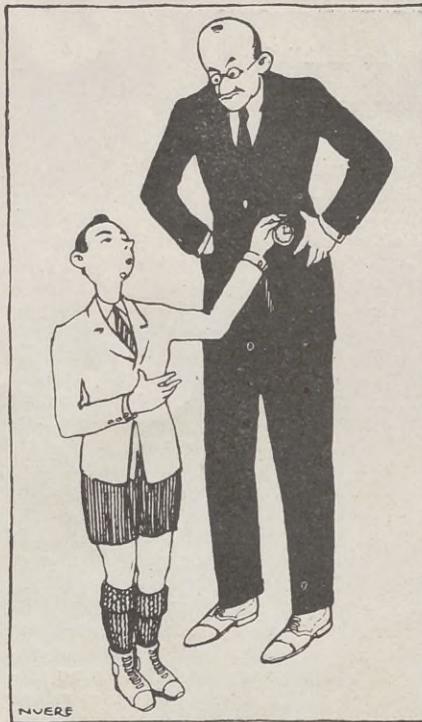
Rajón balbuceó:

—Gracias, señor Serviet. Es usted muy amable...

Y atrevióse a preguntar:

—¿Van bien sus asuntos, señor Serviet?

—¿Y los suyos, siguen siendo tan excelentes como en mis tiempos?



—Mira, papá; el reloj que me has dado antes ya no anda, y eso que hace media hora que le estoy dando cuerda...

—¿Cómo excelentes?—exclamó Rajón—. Pero, ¿ignora usted, pues?... ¿No le han dicho, entonces?...

—No. ¿Qué?

—¡Querido señor Serviet, he sido devorado, materialmente devorado, por mis acreedores! Mis negocios terminaron muy mal... Tuve que traspasar mi Agencia... Hace de ello cinco años, y desde hace cinco años no sé cómo vivo... Todo el mundo se me ha echado encima... Tengo aún algunos clientes que me deben dinero; pero, es una fatalidad... ¡Imposible sacarles un cén-

timo! ¡Oh, las personas que pagan se han vuelto extraordinariamente raras!

—¿Y sus amigos? ¿No tenía usted amigos?

—Créame si quiere, señor Serviet. Yo he sido duro algunas veces; pero algunas veces también he prestado servicios a varias personas... Pues bien; si ahora me dirijo a ellas, me reciben como a un perro, señor, como a un perro. Así, pues, ¿sabe usted lo que he pensado? He pensado: "Puesto que las personas a las que he favorecido me vuelven la espalda, voy a probar con las otras. Acaso no me guarden rencor". Y me he acordado de usted, señor Serviet.

Serviet se levantó, asombrado.

—¿Y qué quiere usted de mí, señor Rajón?

Rajón bajó los ojos.

—Pues... que me preste un luis, señor Serviet..., o cinco francos. Palabra de honor que no le almorzaré hoy.

Desde las primeras palabras del usurero, Serviet sintió que sus antiguos resentimientos se desvanecían. Ante aquella confesión quedó, si no emocionado, al menos sorprendido; pero, al introducir la mano en el bolsillo, experimentó la tentación de sermonear un poco al pediguéño. El mismo proporcionábale voluntariamente la oportunidad.

—No siempre he sido considerado con usted, señor Serviet, no lo niego... Le he perjudicado, me he mostrado inflexible...

—¿Se acuerda, Rajón, de cuando hizo que me embargaran?

—¡Oh, sí!

—¿Y de la venta de mis muebles en almoneda, sobre la vía pública?

Rajón suspiró:

—Fué en 1881. ¡Era en mis buenos tiempos!

—Y no hablemos—continuó Serviet—de aquel casamiento frustrado a consecuencia de las calumnias de usted...

—Aun no me lo he perdonado... ¡palabra! Pero un hombre como usted, señor Serviet, es incapaz de vengarse del daño que un pobre diablo como yo le causó hace tanto tiempo...

—No digo...

—Y además, ¿quién sabe si todas esas contrariedades le han traído la fortuna! Hoy ocupa usted una gran posición. Puede decir con orgullo: "¡Eh! Cuando yo era joven, vendieron mi mobiliario en la vía pública, y ahora soy sub-director de una importante compañía de Seguros."

Serviet sonrió.

—Ahí tiene un luis, Rajón, y que le vaya bien.

—No necesito darle las gracias, señor Serviet. ¡Sabe que soy suyo, en cuerpo y alma!

Serviet le tendió la mano y le acompañó hasta la puerta. Luego, sentóse ante su mesa de trabajo y, fumando cigarillos, hizo acerca de la inestabilidad de la suerte y la singularidad de los destinos humanos reflexiones que hicieronle pasar agradablemente el tiempo hasta la hora de marcharse.

Algunas semanas después, Rajón vol-

vió; había encontrado un destinillo, pero su jefe estaba a punto de quebrar y no pagaba ya a los empleados. Serviet comprendió inmediatamente el objeto de aquella historia. Le dió cinco francos y le aconsejó que trabajara.

—Es muy penoso, a mi edad, comenzar a trabajar para los otros; pero me voy a ver obligado a ello. Usted tiene muchas relaciones... ¡Si fuese tan amable que me proporcionara una buena colocación, a ser posible del Estado!

Serviet prometió ocuparse de ello; y con tal motivo, Rajón fué a esperarle dos días después a la salida de la oficina, en la calle. Le instó a entrar con él en un café, a fin de tomar un aperitivo, y el sub-director vióse obligado, para librarse de su presencia, a prestarle quince francos, que Rajón necesitaba imprescindiblemente para saldar una cuenta.

Luego, como sus asuntos continuaban marchando mal y Serviet, además, se olvidaba de hacer gestiones y de buscarle un empleo, Rajón contrajo poco a poco el hábito de estacionarse diariamente ante la puerta de la oficina, esperando la salida de los empleados. Serviet comenzaba a fruncir las cejas en cuanto le distinguía, mas érale imposible huir; en distintas ocasiones aun tuvo que prestarle pequeñas cantidades y hasta que recomendarle a su propio sastre, para que le hiciese una levita, pues la levita de Rajón se remontaba a la época de su esplendor.

Sin embargo, una vez negó claramente un luis al usurero.

—Comprenda usted, querido... Yo no puedo ya... Mis medios no me permiten... Me debe usted bastante...

—¡Será lo último!...—insistió Rajón.
—Imposible... absolutamente imposible...

Rajón, ofendido, murmuró:

—Como usted guste. Es usted muy dueño... Nada me debe. Pero yo imaginaba que en recuerdo de nuestra amistad...

Serviet se encogió de hombros y el otro se alejó mascullando:

—¡Ah! Cuando a uno le viene la mala, se le acabaron los amigos...

El sub-director creyóse definitivamente desembarazado de él, cuando le halló ocho días después, en el mismo sitio, con cara sonriente. Era la hora de la salida, y todos los empleados se alejaban conversando y liando cigarrillos.

—¡Otra vez usted! ¿Qué le pasa?

—¡Ah! Lo que es ahora, señor Serviet mis calamidades han concluido... Tengo un buen empleo.

—Me alegro mucho. Rajón, me alegro mucho.

—Únicamente necesito una pequeña fianza... Si dispusiera usted de cien francos, ganaría inmediatamente trescientos o cuatrocientos francos mensuales... Así que me he dicho: "Vamos a ver al señor Serviet, que, por un motivo semejante, no negará a un antiguo..."

—¿Está usted loco? ¡Cien francos!—exclamó Serviet.— ¡Nada de eso!

—¡Me los niega! ¡A mí!—murmuró Rajón estupefacto.— ¡No es posible!

—Se los niego rotundamente, y le suplico que en lo sucesivo me deje en paz... Adiós.

Y, como algunos empleados se habían detenido para escuchar la conversación, Serviet se alejó rápidamente. Rajón, dirigiéndose a ellos, gritó:

—¡Se marcha! ¡Se niega! ¡A mí! ¡El... un hombre al que he favorecido más de cien veces... cuando no era nada!...

Y Serviet, merced a estas palabras, no perdió nunca completamente la reputación de hombre ingrato e interesado.

Alfredo Capus

CHISTES COLMOS



El forastero: Dígame guardia: para tomar el tranvía de las Ventas, ¿dónde es la parada?

El guardia: Pues mire usted, la parada es en Palacio.

(El guardia, a uno que acaba de ser atropellado por un automóvil:)

—Qué casualidad. ¿Y era su amo el que guiaba el automóvil?

—Sí, señor. Ya me lo dijo él; que llevase esta carta que me pillaba de paso.

FRANCISCO G. PEREZ

En la tienda:

—¡Qué hermosa es esta tira de bordado!

—¿No encogerá al lavarla?

—Ya le he dicho que es-tira.

—Yo no soy como otros fruteros que dicen que sus naranjas son las mejores; estas digo que son "regulares" porque son "mías".

J. M. CONDE

En la Exposición de Pintura pasa una señorita muy retocada.

—¿Ves esa tan pintada? Pues ha obtenido tercera medalla.

—No me extraña... ¡Se pinta sola!

Entre novios.

El novio.—¡Qué envidia tengo a la Luna!

La novia.—¿Por qué?

El novio.—Porque tiene cuatro cuar-

tos y noostros no hallamos uno para podernos casar y pasar la luna de miel.

Previsión.

—Cuando voy más tranquilo en el autobús es cuando va un guardia al lado del mecánico, porque si se rompe el freno, el guardia lo detiene; sobre todo ¡si es de Seguridad!

CARLOS ATIENZA



ELLA.—Tu hermano dice que le has contado mis intimidades.

EL.—¡No es cierto! Tú siempre estás dispuesta a creer antes las mentiras ajenas que las mías.



K-U-D-T.—Se publicarán.

Pina.—Madrid.—Se publicarán.

Nalon.—Madrid.—Se publicará.

A. Monroy.—Madrid.—Su trabajo está bien escrito, pero no podemos publicarlo por no ser cómico.

Rafael Laffon.—Su soneto, muy bien versificado, no puede publicarse, por no estar en consonancia con el carácter cómico de nuestra revista.

Carlos Atienza.—Se publicarán los chistes.

J. F. Conde.—Se publicarán algunos.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES



ALPINISMO

¡Y luego para subir a un principal toman el ascensor!...

LA GRACIA

REVISTA COMICA



—¿Conque de banquete?
—Nada de eso; un *tente en pie*.



LOS DISTRAIDOS

—¿Ha perdido usted a su marido?... ¡Caramba!
—¡Y por qué no pone usted un anuncio?